

# LA CARIDAD EN LA VERDAD

## *Una reflexión sobre la tercera encíclica de Benedicto XVI*

JUAN PABLO GARCÍA MAESTRO  
Instituto Superior de Pastoral  
(UPSA-Madrid)

El cristianismo ha cultivado la argumentación a la hora de reflexionar su fe para que sea presentada a los hombres y mujeres de las distintas culturas. Se trata de saber dar razón de nuestra esperanza, como afirma la primera Carta de Pedro 3, 18. Por eso San Anselmo en esta línea definió la teología como "*Fides quaerens intellectum*". Pero el cristianismo es ante todo una narración. Los evangelios son un relato acerca de lo que algunos vivieron y oyeron, pero sobre todo son un acontecimiento real de aquel que cambió la vida de un grupo de hombres y mujeres. Para ellos fue un mensaje de vida, y ellos nos han transmitido lo que oyeron y experimentaron para que también nosotros tengamos vida plena (cfr. 1 Jn 1,1-3). Consiguientemente, queremos subrayar que el cristianismo, más que una religión de grandes especulaciones, es una religión basada en la experiencia. El cristianismo no es tanto una doctrina como una praxis que se ha de vivir de manera radical.

Hecha esta breve introducción, creo que la nueva encíclica "*Caritas in veritate*" del papa Benedicto XVI pretende dar una respuesta a los problemas sociales, religiosos, morales y antropológicos de hoy. Tanto el cristianismo como las demás religiones no pueden ser relegadas al ámbito de la vida privada, sino que tienen una respuesta (aunque no la única solución) a los grandes problemas de la humanidad.

Sostengo que la enseñanza fundamental de esta tercera encíclica de Benedicto XVI, bien se puede resumir con la narración de un cuento:

*"Un padre, un padre muy bueno, soñó con dejar a sus hijos una casa hermosa y grande con una gran finca para que todos, trabajando*

*juntos, ayudándonos unos a otros, viviesen felices. Y así lo hizo.*

Después, él se marchó a un país lejano y, tras muchos años, volvió a la casa para sentir la alegría y el gozo de ver a sus hijos.

¿Qué encontró? Los hijos se habían olvidado del padre y de sus consejos; cada cual dio rienda suelta a su egoísmo; los más fuertes se hicieron con la hacienda y el poder; los menos listos y más débiles habían sido reducidos a jornaleros de los hermanos más fuertes. Eran tratados sin justicia y sin amor. Unos vivían con lujo y abundancia; los otros, en pobreza; algunos, hasta en la miseria.



¿Cómo reaccionaría el padre? ¿Se sentaría tranquilo a comer en la mesa bien abastecida de los hijos ricos? ¿Irían a consolar a los que pasaban hambre?

¿Diría a los ricos: Dichos vosotros, que habéis conseguido tantos bienes? ¿Diría a los pobres: Resignaos; un día redundará en vuestro bien, porque vuestros hermanos os pueden ayudar con lo que les sobra? ¿O se enfadaría con los poderosos y se pondría de parte de los débiles y pobres?”.

Si contáramos este cuento a un niño, respondería espontáneamente: “Se pondrá de parte de los hijos pobres, en contra de los hijos poderosos, para que les devuelvan lo que les han arrebatado, para que todos puedan vivir como personas”.

¿Creemos que esto es un cuento? Más bien no; es una historia revelada: **la Historia de la Salvación**.

Esta historia de la salvación es la que nos quiere recordar el Papa a todos los cristianos de hoy. Es a su vez lo que el cristianismo presenta como la más propia identidad al mundo contemporáneo. La **dimensión social** de la caridad tiene que luchar para que recuperemos esa casa común que creó el Padre para toda la humanidad. No quiere que entre los propios hermanos nos esclavicemos. Y esto es lo que da sentido a la relación que existe entre *caridad y verdad*.

Otro aspecto importante que apunta la encíclica, es que posiblemente, la ignorancia de la centralidad de los pobres en el Evangelio y de la Doctrina Social de la Iglesia explique la falta de sensibilidad social en muchas comunidades cristianas y sus sacerdotes y sea, a su vez, la causa de que la acción caritativa no vaya más allá de la ayuda benéfica y asistencial a los pobres.

La caridad cristiana se manifiesta también a nivel social y político. Digo esto desde estos interrogantes: ¿No hemos espiritualizado demasiado el sentido de la caridad cristiana? ¿No adolece la Iglesia de una mentalidad paternalista y que a su vez crea un cierto estado de dependencia? ¿No adolecen muchas de nuestras comunidades cristia-

nas de lo que el teólogo Johann Baptist Metz llama “la mística de ojos abiertos?”. Y por tal entendemos a que el cristianismo tiene su centro en el recuerdo de la muerte de Jesús de Nazaret, que tiene mucho de recuerdo subversivo. Una muerte que tiene su origen en la opción por Jesús por hacer el centro de su vida el dolor humano, el ser sensible al sufrimiento de los inocentes y de los excluidos.

Por eso la **caritas** cristiana apunta a ser ciudadanos y creyentes que sean místicos en la transformación de la historia, o con otras palabras, sean místicos en la acción política. Pero siendo conscientes que a veces tenemos que limitarnos a poner remiendos. Pretender tener la solución a todos los problemas de la sociedad es caer en la sospecha de la **ideología**. Para mí, en esta línea, quizá el peor influjo que deja el marxismo en la Teología de la Liberación no es ni una desnaturalización del cristianismo ni la negación de la divinidad de Cristo, sino una ingenua expectativa inminente de un mundo mejor. El pensador Porfirio de Miranda, en su obra “*Marx y la Biblia*”, dice que la fe es creer que este mundo tiene remedio y yo sostengo, por el contrario, que la fe es creer que tiene sentido luchar para que este mundo tenga remedio, pero que probablemente no lo tiene. Esto es lo que libera verdaderamente a la fe de un convertirse en una ideología. Lo mismo he dicho otras veces comentando una canción castellana “*Pequeñas aclaraciones*”: lo decisivo no es la seguridad de que triunfaremos, sino que “va Dios mismo en nuestro mismo caminar”. Monseñor Romero decía: “Yo lo único que hago es ir poniendo remiendos”. Y ha habido muchos, ya en aquellos tiempos, que decían no esperar un mundo feliz, **pero que sí había que luchar sin cansancio para que no sufra tanto el que sufre**. Eso sí que tiene ya un enorme sentido.

Cada día aflora con más claridad la idea de que el programa de la caridad debe atravesar todos los organismos e iniciativas pastorales. Que la caridad no es asignatura reservada a la acción caritativo-social de la Iglesia, sino que debe atravesar toda la acción de ésta, de modo que a nadie y a nada sea ajena esta dimensión de la Caridad.